

Eusko-Folklore

Publicación de Eusko-Ikaskuntza: Sociedad de Estudios Vascos

Materiales y Cuestionarios

Año VIII

Vitoria, enero de 1928

N.º LXXXV

CUENTOS Y LEYENDAS

XVI

ARTX. E.I./S.E.V.



Saila

Agiri Zk.

ASTOA TA OTSOA (El asno y el lobo) (Conclusión)

Versión de Baiarain

Astoak bizkargañean zagi-ardoak zamakiala, Oisoko aurkitu zuan.

Otsokok esan zion:

—Agur, agur, astoa.

—Ongi etofi, otsoa.

Nik iretzako bazeukeat

Zagian ardo goxua.

—Astoa, ez nauk egafi,

Sobra natxeok goserik.

Ire buru ta belafik

Gaur neretzako aparí.

—Or goyen-goyen ermita,

San Bartolome deritza.

Antxen meza bat entzun da gero

Jan nazak, nai baldin ba-nauk.

Otsoak baimena eman zion, eta bi adizkideak ermitara igo ziran.

Astoak, ermitan sartzeakin batean, ostiko bat ateri eman zion eta itxi egin zuan.

Kampoan otsoa amoráxten gelditu zan.

Orduan otsoak dedar egiten zuan:

Asto zafa, mukizu,

Txikirik asko dakizu.

Or goyen beltzian nik

El asno que llevaba sobre los hombros un pellejo de vino, halló a Oisoko.

Oisoko le dijo:

—Ave, ave, asno.

—Bien venido, lobo.

Yo tengo para tí

En el pellejo vino dulce.

—Asno, no est. y sediento,

Harto estoy hambriento.

Tu cabeza y orejas

Hoy [serán] cena para mí.

—Ahí arriba ermita,

Llábase San Bartolome.

Después que oiga allí una misa,

Cómeme si quieres.

El lobo le dió permiso, y ambos amigos subieron a la ermita.

El asno, al entrar en la ermita, dió una coz a la puerta y la cerró.

El lobo se quedó fuera rabando.

Entonces el lobo gritaba:

Asno viejo, mocososo,

Siendo pequeño sabes mucho.

Ahí arriba en el bosque yo

Afapatzen ba-zaitut,
Geyago mezarik entzungo ez dezu.

*Si te cojo,
No oirás más ninguna misa.*

(Recogido en 1921 por D. José Ariztimuño, a quien se lo contó una mujer de Baliafain).

* * *

Variantes de esta fábula fueron recogidas por D. Resurrección M.^a de Azkue en los pueblos de Amorebieta, Uhart, Etxafi-Aranaz, Oñate, Baraibar, Bera, Bakaikoa y Arizkun, como pueden verse en el tomo X de su *Cancionero Popular Vasco*. Estas versiones, publicadas con música, son muy interesantes. Es lástima que todas ellas, menos la de Etxafi-Aranaz, sean incompletas.

XVII

EL ASNO COJO Y EL LOBO HERRADOR

*Asto bat eguan basuan elbiz
jaten.*

*Otzu batek erreparautzan as-
tuari, eta segirutzan herari.*

Astu ori planta zan kojoka.

*Otzuak esa' utzan zer pasaten
jakon.*

*Eraduria oker ipiñila eukela
eta aretsek emote' utzala miñ,
erantzu eutzan*

*Ba otzuak esa' utzan: «Neu
naz eradori ona».*

*Astua orduan ipiñi eban ankia
okertuta, eta otzua ureratu zan
untzia alaraten.*

*Eta astua yo eban agiñetan,
eta agiña gustiak kanpora kendu
eutesan.*

Otzuak orduan esaten eban:

«Neuk dauket kulpia:

Neu izen karnizero

Eta eradore plantatia».

Un asno estaba paciendo (*lit.*:
comiendo yerba) en el monte.

Un lobo se fijó en el asno, y le
siguió al mismo,

Ese asno empezó a cojear.

El lobo le preguntó a ver qué
le pasaba.

Que tenía mal colocada la he-
rradura, y que ésta le causaba
dolor, le contestó.

Entonces le dijo el lobo: *yo soy
buen herrador.*

Entonces el asno puso encogi-
da la pierna, y el lobo se adelantó
para arrancar el clavo.

Y el asno lo pegó en los dien-
tes y le arrancó fuera todos los
dientes.

El lobo decía entonces:

*Yo tengo la culpa de
haberme metido a herrador,
siendo carnicero.*

(Contado en 1927 por el viejo pescador Sr. Gafatza, de Lekeitio).

XVIII

EL HOMBRE Y EL BUITRE

Gison bat saiegana uratute berbas asi ei-sen:

—¡Sure egoak baneukos egas apurixo baten ibilteko!

Saiek erantzun ei-utzen:

—Ori baño espada, ordu laurenean erabiliko sara.

Bestea posik erantzun or'egas gelditu ei-sen.

Saiek arin laster esan ei-utzen:

—Parau nire lepoan.

Parau sen, da saie be egas asi ei-sen.

Baie isenteuko demporea eldu sanean: Nik esana ein dot, esan i-utzen saiek gisonari, da atx-arte batera jausten itxi i-utzen, alborantzakada bat ein-de.

Un hombre, acercándose al buitre, empezó a decir:

—*Si tuvieras tus alas para andar un poco volando!*

El buitre le contestó:

—*Si no es más que eso, andarás durante un cuarto de hora.*

El otro se quedó contento con tal respuesta.

El buitre le dijo luego:

—*Ponte en mi cuello.*

Se puso, y el buitre a su vez empezó a volar.

Mas, cuando hubo llegado la hora señalada, el buitre dijo al hombre: *Yo he cumplido lo dicho*, y dando una sacudida lateral, le dejó caer entre peñas.

(Referido el año 1927 por D. Eulogio de Gorostiaga, quien lo recogió en Zeanuri).

XIX

EL REYEZUELO Y EL BUITRE

Txepetxak eta saiek, nok gorago igon postura eñ i-euren.

Egas asi orduen, txepetxa saien lume bitarlean sartu ei-sen, saiek igari bärrik.

Al oana igo ebanian saiek, berantza asi ei-sen.

Orduen txepetxak, lume bitarletik urien da esan ei-utzen, egas apurtxo bat gorantza eines:

—Ni i baño gorago.

Da txepetxak postorea irebasi eban.

El reyezuelo y el buitre hicieron una apuesta a ver quién subía más.

En cuanto empezaron a volar, el reyezuelo se metió entre las plumas del buitre sin que el buitre se diera cuenta.

Quando el buitre hubo subido cuanto pudo, empezó a descender.

Entonces el reyezuelo, saliendo de entre las plumas, le dijo, mientras volaba un poco hacia arriba:

—*Yo más arriba que tú.*

Y el reyezuelo ganó la apuesta.

(Contado en 1927 por D. Eulogio de Gorostiaga, quien lo recogió en Zeanuri).

EL ASNO, EL PERRO, EL GATO, EL GALLO Y EL CARNERO

Etze baten astoe egon ei-sen safa, esetako geuse be esana, ta mofoiek esa'uizun ugesabari: esta geuse ta il bixer asto au alperik jaten deu te.

Astoak jakin banien, etzetik urten da eürera joan-da joan-da joan eñ ei-sen.

Da txakur bet topeu eiseban.

Da diñotzo astoak:

—¿Ser eiten dok or eusirik eñ barik?

—Bijer il eingo neijuek, safa naselako, ta gogorik barik nai-jauk olan.

—Tirok neugas.

Joan da joan-da joan ein ei-sien eürera bidien euren kuntuek esanas, da eldu ei-sien eize baten ondora, eta katue egon ei-sen leiyo baten aiaru larisekas txilijoka.

Ta diñotze asto-txakurék ka-tueri:

—¿Sergaitik saus ain estur?

—Ba uesabandriek il ein gure neu geur, txitxe bat afapeu dotalako, lapufe nasela-ta.

—Geu be olakoxe atxakijekaitik gabis olan, da il baño oba da ta etor geugas.

En una casa había un asno viejo que no valía para nada, y el criado dijo al amo: *no sirve y por lo tanto matad mañana el asno, pues come inútilmente.*

Cuando lo supo el asno, salió de casa y anduvo y anduvo y anduvo para adelante.

Y halló un perro.

Y le dice el asno:

—¿Qué haces ahí sin ladrar?

—*Mañana me quieren matar porque soy viejo, y me hallo así desganado.*

—Ven conmigo.

Anduvieron y anduvieron y anduvieron para adelante, contando en el camino sus historias, y llegaron a la proximidad de una casa, y el gato estaba en una ventana ma-yando con maullidos quejumbrosos.

Y el asno y el perro dicen al gato:

—¿Por qué estás tan apurado?

—*Porque la mujer del amo me quiere matar hoy por haber robado un trozo de carne.*

—*También nosotros andamos así por causas análogas, y ven con nosotros, que es mejor que morir.*

J. M. DE B.

UNA PREGUNTA

Lector amable, ¿conoces alguna leyenda o cuento semejante a los que se apuntan en estas páginas?

Diríjanse las contestaciones a D. JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN, *Laboratorio de Etnología*.—ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—VITORIA.

NOTA.—Las leyendas, cuentos, fórmulas y refranes se han de transcribir en la lengua en que los refiere el pueblo, y con las mismas variantes dialectales del lugar de la investigación.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Eusko-Folklore

Publicación de Eusko-Ikaskuntza: Sociedad de Estudios Vascos

Materiales y Cuestionarios

Año VIII

Vitoria, abril de 1928

N.º LXXXVIII

ARTX. E.I./S.E.V.



CUENTOS Y LEYENDAS

XXVIII

Saila

Agiri Zk.

EL HOMBRE, LA CULEBRA Y LA ZORRA

Con este mismo título publicó D. Gregorio de Múgica en la revista *Euskalerrriaren alde* (t. II, n.º 27, pág. 77) la siguiente fábula recogida en la parte alta de Guipúzcoa:

«En uno de aquellos venturosos días (1), ocurrióle al buen Pello, hombre inocente y compasivo, recorrer sus heredades para ver cómo pintaban los trigos de junto al camino.

Satisfecho de la visita de inspección parecía el buen Pello, a juzgar por el aspecto de su cara sonriente. Pero, de pronto, desapareció la sonrisa y los músculos de la cara quedaron rígidos. ¿De quién podía ser aquella voz estridente que salía del camino?

—Présteme usted auxilio, buen hombre, que yo se lo pagaré—repetía la voz.

Pello se acurrucó, apoyó las manos en los muslos, abrió desmesuradamente los ojos y miró al fondo del camino. Junto a un árbol, medio oculta por hierbajos y zarzas, vió una gran piedra y la cabeza enorme de una culebra colosal que se asomaba por debajo de la peña.

¿Qué te pasa?—preguntó el hombre.

—Me he metido bajo esta piedra y no puedo salir. Tres días llevo bajo esta montaña que me aplasta. Tengo hambre, mucha hambre. Sáqueme de este suplicio, buen hombre. Venga aquí y empuje la piedra para allá.

El primer impulso de Pello fué saltar al camino sin ti-

(1) Alude a los tiempos en que, según las consejas, hablaban los animales. (Nota de J. M. de B.)

tubear. Pero apenas se dispuso a hacerlo, se heló rápido su pensamiento primero. Meditó unos segundos, y dijo:

—Oye, oye... ¿Sabes que no me decido a sacarte de ahí?

—¡Por favor!

—¿Y si luego me comes? Tan grande eres que te tengo miedo.

La culebra adujo en favor suyo cuantos razonamientos le sugería la situación apurada en que se hallaba; rogó, prometió, hizo cuanto pudo por convencer a Pello de que nada debía temer.

El hombre no quedó del todo tranquilo, pero llevado de su natural bondad, saltó al camino y empujó la piedra. La colosal culebra se deslizó por entre los guijarros, y entonces sí que a Pello le pesó haber hecho aquella obra de caridad; tal terror le inspiró la culebra de dimensiones por él nunca imaginadas.

De pronto, la enorme culebra silbó gozosa, se enroscó sobre sí misma, alzó la cabeza y de su boca entreabierta salió, recto como una flecha, el enorme aguijón.

—¿Qué vas a hacer?—dijo Pello echándose atrás.

—Voy a comerte. Eres mío.

—¿Y tus promesas?

—Las cumplo. Yo te he dicho que sabría dar a tu buena acción el pago que se merece.

—¿Y es esa la manera de mostrar el agradecimiento prometido?

—Las buenas acciones merecen mal pago.

—Las buenas acciones merecen gratitud.

—¡Infeliz! Pero ¿dónde has aprendido tú ese disparate?

—¿Disparate? Todo el mundo lo cree así.

—Mira, para que veas que no soy cruel por sistema, sometámonos a una prueba. A los tres primeros vivientes que pasen por este camino les preguntaremos su opinión acerca de cómo merecen ser pagadas las buenas acciones. Ellos resolverán nuestro pleito. ¿Conformes?

—Muy conformes—dijo seguro de ganar.

El hombre y la culebra esperaban silenciosos. Al poco rato llegó un perro.

—Eh, amigo—dijo la culebra—¿qué pago merece quien ha obrado bien?

—Mal pago—contestó el perro.

Pello quedó helado al oír la respuesta inesperada, y muy contristado preguntó:

—¿Por qué?

—Mire usted—dijo el perro—. Yo he servido lealmente durante diez años a un hombre. Ahora que soy viejo y que no puedo hacer cuanto él quiere, me ha echado de casa. Ya ve usted cómo me paga. Y quien me echa no es un animal como yo, es un hombre como usted. En estas cosas son los hombres quienes más saben, y es uno de ellos quien paga mal mis buenos servicios. ¡Qué le hemos de hacer! No le guardo rencor: yo seguiré queriéndole.

El perro marchó, la culebra se retorció de gusto y el hombre bajó la cabeza.

Al poco rato llegó un burro.

—Oye, cofrade—dijo animosa la culebra—, tú que pareces sesudo y sensato, dime: ¿Cómo debe pagarse a quien obra bien?

—Con un par de coces.

—Calla, burro—gritó Pello sin poderse contener.

—¡Anda, anda! ¿estaba usted ahí? Pues me alegro de que lo haya usted oído. Esa opinión no es mía, es de un hombre, de un animal superior a nosotros, según dicen. En casa de mi amo, el molinero, nací. Nueve años he pasado por esos caminos doblado al peso del trigo y de la harina. «¡Hermoso burro!» decía mi amo cuando era joven y trotaba ligero. ¿Y luego? ¿Y ahora? Cada vez me daba menos de comer, porque cada día podía hacer menos viajes. Por fin, esta mañana me abrió la puerta de la cuadra, me arreó tres palos en el lomo y me dijo que no volviera por allá. Ya ve usted lo que acerca de la pregunta que me han hecho, opinan ustedes los reyes de la creación.

El burro dió un brinco, soltó al aire dos coces destinadas *in mente* al amo, y marchó.

—Creo que es inútil esperar la opinión del tercero—dijo la culebra henchida de gusto.

—Sin embargo... quién sabe...—replicó Pello, más bien por retrasar algo el momento del sacrificio o por ver si daba con alguna idea salvadora, que por esperar que le sacara de apuros la tercera opinión.

Y discutían el punto cuando llegó una zorra.

—Oye—le dijo la culebra—ven acá. Tú, con esa penetración femenina que tenéis las de tu sexo, a ver si nos sacas de dudas.

—Venga de ahí—contestó la zorra satisfecha de que la llamaran a tomar parte en asuntos ajenos.

—¿Cómo merece ser pagada una buena acción?

—¡Vaya una pregunta! ¿Quién va a contestar de plano y sin más ni más a eso?

—Pues otros lo han hecho—dijo la culebra—. ¿Y tú, con tu fama de lista, no sabes contestar? Vamos a tener que dudar de vuestra reputación.

—Oye, charlatana, ojo con lo que se dice ¿eh? Yo no doy mi opinión sin enterarme de los asuntos. El fallo depende siempre de circunstancias especiales, de detalles, de nimiedades; hay agravantes, hay atenuantes... Con que explicadme el caso si queréis saber mi modo de pensar.

Pello se reanimó. Por lo menos la zorra no fallaba tan rotunda y categóricamente como el perro y el burro.

(Concluirá).

UNA PREGUNTA

Lector amable, ¿conoces alguna leyenda o cuento semejante a los que se apuntan en estas páginas?

Diríjanse las contestaciones a D. JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN, *Laboratorio de Etnología*.—ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—VITORIA.

NOTA.—Las leyendas, cuentos, fórmulas y refranes se han de transcribir en la lengua en que los refiere el pueblo, y con las mismas variantes dialectales del lugar de la investigación.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

Eusko-Folklore

Publicación de Eusko-Ikaskuntza: Sociedad de Estudios Vascos

Materiales y Cuestionarios

Año VIII

Vitoria, mayo de 1928

CUENTOS Y LEYENDAS

XXVIII

EL HOMBRE, LA CULEBRA Y LA ZORRA *(Conclusión)*

Pello tomo la palabra y explicó a la zorra todo lo sucedido, y al final, al exponerle el pago que la culebra le ofrecía por su buena acción, Pello hizo un párrafo redondeado acerca del agradecimiento y la caridad, y tal acento de sinceridad puso en sus palabras que la zorra simpatizó con el hombre, aunque se cuidó de no hacer ostensible aquella simpatía. Cuando Pello hubo concluido su narración, la zorra dijo:

—Bien está eso. Pero no basta. Hacen falta detalles... Vamos a ver—dijo a la culebra—¿bajo qué piedra estabas?

—Bajo aquella grande.

—¿Y tenías la cabeza fuera?

—Sí, la cabeza sí.

—¿Y todo el cuerpo debajo de la piedra?

—Todo.

—Bueno, ven acá.—La zorra se acercó a la piedra y la culebra también.

—Vamos a ver; ponte como estabas, para que yo conozca exactamente tu situación.

—¿Ves? así—dijo la culebra colocándose en el lugar que ocupaba cuando Pello quitó la piedra.

—Bueno, creo que vas ganando el pleito—apuntó la zorra. Y luego dijo: ¿Dices que es aquella piedra grande la que tenías encima?

—Sí.

—Tanto mejor para tí. Las circunstancias son favorables a tu causa. A ver buen hombre, coloque usted la piedra como estaba.

ARTX. E.I./S.E.V.

Saila |

Agiri Zk. |

La culebra, satisfecha porque la zorra parecía darle la razón, no se resistió, y Pello colocó la piedra sobre la culebra.

—¿Estabas así?—preguntó la zorra.

—Apretaba mucho más—dijo la culebra.

—Tanto mejor. Apriete, buen hombre. ¿Así?

—Algo más aún.

—Apriete con toda su alma, amigo. ¿Así?

—¡Ay!, ¡ay!...—chilló la culebra—que me lastimo. Sí, así estaba.

—¿Con que así, ¿eh? Pues si así estabas, sigue así. No merece otra cosa quien como tú está dispuesta a devolver mal por bien.

El hombre y la zorra se alejaron del camino dejando bajo la piedra a la culebra que, en espasmos de dolor, alzaba la cabeza y se estiraba pretendiendo herir con la ponzóna de su boca la limpidez del aire por el que se transmitía hasta donde ella se hallaba la alegría alborotadora del hombre y la zorra que reían a más no poder.

* * *

Pello, reconocidísimo por el gran servicio que la zorra le prestó, quiso pagarle el favor. La zorra al principio reusó los ofrecimientos de Pello, pero tanto insistió éste que al fin se decidió a decir:

—Mire usted. El mejor regalo que se me puede hacer es poner a mi disposición unos pollitos vivos, cuanto más tiernecitos, mejor.

—¡Hombre!—exclamó Pello.—Precisamente tengo en mi casa una colección de ellos que da gloria verlos. Con que, vamos allá.

La zorra se relamía de gusto en el camino. Llegaron zorra y hombre a Iraegui, el caserío de Pello. Este entró en la casa diciendo a la zorra que esperase en la puerta hasta que él volviera con los polluelos.

Pello subió la escalera en busca de su mujer, y apenas dió con ella la puso en autos de cuanto había sucedido.

—Y en pago del excelente servicio que me ha prestado le he ofrecido los polluelos pequeños...

—¿Los chitos?

—Sí.

—¡Qué barbaridad, ofrecerle los chitos!

—Piensa que me ha salvado la vida.

—Sí, sí, pero...

—Y no hay más remedio que dárselos; las buenas acciones merecen recompensa.

—¡Pobres chitos! No me resigno...

—Pues no hay más remedio. Yo se los he ofrecido...

—Vaya, que no se lleva los chitos.

—Mira que se vengará.

—¡Una idea! No se lleva los chitos, y por añadidura voy a hacer que se aleje para siempre de nuestra puerta más lista que el relámpago.

—Que le debo la vida, hija.

—Tú ya has conseguido lo que querías. Ahora que se fastidie.

—No, no—exclamaba Pello, viéndose próximo a caer en el pecado de ingratitud que tan repulsivo le parecía en la culebra.—Voy a darle algunos... seis no más...

—Ni uno solo. Mira, trae ese saco. Verás tú cómo corre la zorra.

—¿Qué vas a hacer?

—Llama al perro.

—¡Tšuri!—llamó Pello dispuesto a todo en vista de la resolución inquebrantable de su mujer. Luego dió dos silbidos, y pronto se oyeron las pisadas del perro que subía las escaleras.

—Cógelo. Métele aquí...—Manñoni, la mujer de Pello, abrió el saco y Pello metió al perro en él.

—Anda, coge el saco y baja a ver a la zorra. Dile que aquí están los chitos en el saco, que meta la cabeza; verás tú cómo Tšuri le quita el apetito.

Pello, resignado y silencioso, obedeció.

—Creí que no iba usted a volver—dijo la zorra.

—Es que cuesta mucho atraparlos.

—Suéltelos, suéltelos aquí; verá usted cómo no se escapa ni uno.

—¿Soltarlos? ¡Quiá, hombre! No comerías ni uno. Mira, mete la cabeza en el saco y cógelos uno a uno.

La zorra, recelosa, rehusó el aceptar la proposición.

—Pierda cuidado—dijo—tengo mucha práctica. ¡Oh! Gran placer es este. Tener muchos polluelos que corran en todas direcciones y perseguirlos y comerlos uno a uno...

Por fin Pello tuvo que decidirse seguro de que la zorra no metería la cabeza en el saco.

—Pues bien, vas a gozar de ese placer. Prepárate...

La zorra mira atenta la boca del saco. Pello lo abrió, y apenas Tšuri asomó el morro a la luz, la zorra emprendió

una carrera veloz hacia la montaña. Tšuri siguió a la zorra: de cuándo en cuándo ésta volvía la cabeza y viendo que el perro la seguía, aceleraba en lo posible su marcha. Dispuesta a no rendirse, decidió escalar la más alta montaña; subió, subió animosa y al llegar a la cumbre volvió la vista hacia el camino recorrido. Nadie la perseguía; el perro, rendido, había cejado en su persecución.

La zorra se tendió sobre la hierba respirando anhelosa. Con aliento entrecortado, con voz a cada instante truncada, hablando por intermitencias, dió las gracias a quienes le habían protegido en su huida.

—¡Oh, ojos míos!—exclamó.—¡Gracias, mil gracias a vosotros que habeis sabido ver a tiempo la cumbre de esta montaña inaccesible para el perro! ¡Gracias también a vosotras, piernas mías, que no sabeis rendiros a la fatiga!

—¿Y para mí?—digo el rabo—¿no hay agradecimiento para mí?

—¡Qué ha de haber para tí, gandulona, si apenas ha faltado nada para que por tu afán de rezagada me viera entre los dientes del perro?»

J. M. DE B.

UNA PREGUNTA

Lector amable, ¿conoces alguna leyenda o cuento semejante a los que se apuntan en estas páginas?

Diríjense las contestaciones a D. JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN, *Laboratorio de Etnología*.—ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—VITORIA.

NOTA.—Las leyendas, cuentos, fórmulas y refranes se han de transcribir en la lengua en que los refiere el pueblo, y con las mismas variantes dialectales del lugar de la investigación.

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)